

ción de una compañera de juventud para que Gerardo de los Ríos sea consciente de que han transcurrido trece años «sin dejarse sentir, sin dejarse vivir». El ya es otro. Otro que, por un momento, se siente muerto y atrapado por el nudo de relaciones en las que se ha ido dejando deslizar. En vano intentará revivir aquel amor. El ya es otro, pero «ella» también se ha degradado. Ambos vivirán una relación fantasmagórica y fugaz, un espejismo en el que creen ser conocidos y creen conocer, no por lo que son, sino por lo que fueron. Toda comunicación real es imposible. Despertará del sueño, lanzándose de lleno a un nuevo engaño: aquellos trece años no han estado tan mal, él no ha cambiado...

En otra de sus narraciones, «Cuerpo presente», el

protagonista se debate frente a su mayor enemigo: los recuerdos de un tiempo en el que él era diferente. Intenta también engañarse, pero la brutalidad de un proceso, por el que aquel joven dispueste «a cambiarlo todo», se transforma en uno de los cerebros de la represión, conduce a Daniel Guarneros a pasear su cuerpo bien alimentado por las capitales europeas, cada vez más alcoholizado y auto-destruido.

Es más que notable la destreza con que Pitol enfrenta a unos personajes, no tanto ante los espejismos de sus relaciones con los otros —aunque en este tema escribe páginas tan lúcidas como las de «Un hilo entre los hombres»— cuanto ante el espejismo de pretender, ante uno mismo, que nada ha cambiado o que, en el

fondo, uno sigue siendo el mismo o, sin ser el mismo, que el *de antes* era el equivocado. Porque, como dice Daniel Guarneros, auténtico representante generacional, como Frédéric Moreau, como Max Estrella, como tantos y tantos personajes de ficción que pasan al recuerdo no sólo por lo que son, sino también por su capacidad de identificación colectiva: «Agua que no fluye se estanca, se repete, y era de hombres sensatos avanzar, madurar, exponer sus ideas constantemente al tamiz del más despiadado enjuiciamiento. ¿Que hubo ese cambio? Bien, sí; lo hubo. Evolucionó, se transformó, pero sabía que su destino individual se deslizaba por la corriente de la Historia. Los tiempos eran otros: allí residía el meollo de la cuestión, que Eloísa y

sus vagabundos, alocados compañeros se negaban a comprender; la época, de ninguna manera era la misma; México debía industrializarse, avanzar, desarrollarse, crear capital. Se hacía necesario, por lo pronto, conformar una estructura; después, tal vez, se podría ir más adelante...».

Sergio Pitol es la lucidez del analista al servicio de una vocación de escritor que se expresa a través de narraciones cortas. Sus obras quizá no hagan tanto ruido como las de sus compañeros hispanoamericanos, cultivadores de una escritura de lo mágico, pero sería más que probable que mientras muchas de éstas resulten ilegibles al cabo de no muchos años, Sergio Pitol resista perfectamente el paso del tiempo. Porque en muchas de aquellas obras

sobran pompas de jabón y porque las narraciones cortas de Pitol son, literariamente hablando, perfectamente sólidas. ■ J. L. GIMENEZ-FRONTIN.

El pensamiento arcaico, entre el ritual y la ideología

A lo largo de toda la obra de Mircea Eliade se percibe el anhelo por alcanzar el oculto resorte en el que se resuelve la naturaleza del pensamiento ritualista: un sistema coherente y totalizador en el que lo humano cobre un sentido, alumbrando sus acciones aquel lugar en que las dimensiones adquieren un significado real, compacto. El nombre de Eliade, junto con los de Frazer, Evans Pritchard, Ling, Frobenius..., se sitúa en una prolongada secuencia de científicos a la búsqueda del lado oculto de las cosas.

En su libro *El mito del eterno retorno* (1), Eliade elabora un intento de aproximación a la ontología primitiva partiendo de dos presupuestos básicos: 1) Los rituales reproducen en sí mismos el momento iniciático, primigenio de la Humanidad, y coinciden con él. El tiempo, el tiempo profano, queda suspendido y el hombre es proyectado a la época mítica en que se produjo la primera revelación (que pasa, según el razonamiento expuesto, a ser la única revelación); y 2) En la medida en que la repetición de la circunstancia o del hecho arquetípico es lo único que confiere realidad a un acto o a un objeto, el tiempo profano no retrocede, sino que resulta abolido por imperio del que lleva a cabo el ritual.

Según este esquema, el hombre arcaico distingue un tiempo profano, traducido en devenir o historia y vinculado con la muerte, y un tiempo mítico o sagrado, vinculado con la inmortalidad, que constituye el ámbito del ser y del significar, y en el que el hombre es verdaderamente ser (un concepto similar al propugnado por Nietzsche en su poema *Portofino: Totalmen* →

(1) *El mito del eterno retorno*, Mircea Eliade. Alianza/Emecce. «El libro de bolsillo», n.º 379.

"El primer Castelao"

Sabido es que durante muchos años Castelao ha sido, entre nosotros —y más en su Galicia—, un hombre mítico, a cuya obra sólo accedían unos pocos. Fuera de Galicia era a menudo uno de esos nombres sepultados por la guerra civil, entre lejano e ignorado.

Este panorama ha cambiado sensiblemente en los últimos tiempos. En *TRIUNFO*, por ejemplo, publicamos (números 453 y 454) una serie de trabajos cuya repercusión en el mundo intelectual español fue innegable. Luego, en la crítica de libros, ha habido que hablar reiteradamente de la publicación de textos de Castelao, hasta llegar a hoy, en que nos enfrentamos con el volumen de J. A. Durán, editado por Siglo XXI y titulado "El primer Castelao. Biografía y antología rotas".

El interés informativo del volumen está fuera de toda duda, aunque se centre en la etapa menos significativa del escritor, dibujante y político de Galicia. El Castelao que primero ha renacido a la curiosidad intelectual española es otro, y anda en textos graves y agonías del exi-

lio. El que aborda Durán en su ensayo biográfico —seguido de una antología gráfica de Castelao y de una antología documental, con notas y artículos periodísticos de la época concernientes a sus actividades— es un

que cierra la biografía de Durán es distinta a la del Castelao de los años republicanos. Castelao, aunque galaticista, es definido "monárquico, católico y español", y en el gran homenaje que recibe de sus paisanos de

El libro, en fin, tiene, sobre todo, el interés de humanizar la imagen de Castelao y liberarla de aureolas. El personaje se hace persona, dibujando sobre el mármol del café sus primeros trazos, acusando sus primeras lecturas, moviéndose en el ámbito universitario compostelano, ganando sus primeros adictos y sus primeros enemigos. Sus dibujos cobran ese trazo crítico y popular, esa voluntad goyesca, que harán de Castelao uno de los espejos de la vida gallega.

El trabajo de Durán, minucioso y atento a muchas consultas, abarca seis años de la vida de Castelao (1910-1916), manejando como fuentes fundamentales numerosos periódicos, las más de las veces de precaria vida, en los que colaboró Castelao, o se habló de él, o se analizó el cuadro social del distrito de Padrón. No es extraño, en este sentido, que el mismo Durán anuncie ya un nuevo libro: "Historias de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana", que imagino nacido de la información necesaria para escribir el que ahora nos ocupa. ■ J. M.



Autocartoon, 1920

Castelao juvenil, del que en parte abjuró el mismo Castelao ya maduro, disconforme con muchos de sus primeros dibujos y con muchas de sus horas de estudiante. También la imagen política

Rianxo (1912), "asisten tres curas de Taragoña y representantes sacerdotales de las demás parroquias", aunque sea preciso añadir que en las manifestaciones no faltó el "¡Mueran los caciques!".